

# ¿QUIÉN HA MANDADO HACER UN EMBALSE EN QUINTOS?

(La Opinión de Zamora, el 23 de agosto del 2003)

De cómo es el proyecto y de los desastres que, si llegara a realizarse, traería consigo a las orillas del Esla y los daños para la gente de los pueblos del entorno, supongo que están informados los lectores por la radio y por el número de este Diario del día 20.

Se quejan, sobre todo los de la Granja de Moreruela, de lo que sería la pérdida del cañal, la chopera, el piélagos adonde suelen ir a bañarse o de merienda, y tantas otras hermosuras que no se pagan con dinero.

Pero esas quejas y reclamaciones pecan aún de lo que pecan en general las protestas de los defensores de bienes y hermosuras ante el avance de la pala arrasadora de los planes de Empresas y de Estados: que es que, al tomar una postura de defensa (y hasta caer enseguida en la trampa de hablar, como está mandado, de naturaleza, ecología, patrimonio, y del destino de la fauna piscícola u otras), entre tanto, se olvidan de poner en cuestión lo principal: ¿qué necesidad hay de que se haga eso?, ¿quién lo ha mandado?

Porque la tendencia general es la de creer que, como eso viene de lo Alto, será que es necesario, que tendrá que hacerse, y que aquí a los de abajo no nos queda más que resignarnos al plan que nos cae de Arriba y, lo más, tratar de defender del destrozo alguna parcelita.

Hace falta pues que los que se oponen a este nuevo estropicio se percaten claramente de que a la gente, a los pueblos, ese proyecto no les sirve para nada, ni ellos han pedido que se hiciera: que a quien le sirve es únicamente al Capital, a la necesidad de moverse que la Empresa tiene, con la Administración siempre a su servicio.

Cierto que un estropicio semejante, sólo que en grande, es el que se hizo con la presa de Ricobayo (de la que este embalse se presenta como el remate y rabo), que hundió tantos valles y alamedas y lo mejor de las tierras de muchos pueblos, sumiendo a la provincia en un empobrecimiento del que no se ha recobrado, a cambio de tender redes de suministro a Bilbao y los otros centros de la Gran Industria que por entonces se vendía como Progreso.

Pero tampoco hay que confundirse en esto: aquello fue la obra del Capital de comienzos del siglo XX, de hace casi un siglo, que cometió el atropello con los medios y los pretestos que se usaban en aquellas fechas: ahora se trata del Capital tal como es entre nosotros, bajo el Régimen del Bienestar; el cual ya no recurre a los trucos del viejo ideal del Progreso y la Gran Industria (allá están derrumbándose los Altos Hornos que la fase anterior dejara), sino que declara, cada vez más descaradamente, su necesidad de moverse con cualquier motivo, sin molestarse ya casi en justificarse con cuentos para las poblaciones: les basta con presentarles las cuentas, todas falsas, del Crecimiento de la Economía, de la Creación de Puestos de Trabajo.

Y es así como nos tiene el mundo la Empresa, siempre de la mano con el Gobierno: llenos los campos y ciudades de más y más obras que a la gente no le hacen falta para nada, más que para estorbarle y no dejarle vivir, en nombre de un Bien Futuro, en que ya nadie puede creer decentemente.

Ahora bien, que el hecho de que el mundo esté lleno de proyectos como éste, de obras para nada, sin más motivo que la necesidad de moverse que el Capital tiene, no vaya a servir tampoco para que los vecinos de la Granja y alrededores se resignen a dejarse caer en el engaño: no: alguna vez y por algún sitio tiene que empezar a romperse esta red de falsa necesidad que el Poder tiende sobre los pueblos.

Que algo de esto suceda por ventura en la protesta de los pueblos del Esla y los que vayan a acompañarles. Y que sepan que lo que hagan en contra del proyecto nunca podrá ser por reclamaciones dirigidas a lo Alto, a la Empresa o las Instancias Gubernamentales que están ahí para enredarlos: lo que se haga de veras, tendrá que hacerse desde abajo, desde lo que les quede de pueblo, de sentido común, de gente viva.

¿AGUSTÍN GARCÍA CALVO?